



Aquileo J. Echeverría en tres espejos

La Asociación de Autores de Costa Rica decidió que el 23 de marzo —día del nacimiento del poeta Aquileo J. Echeverría— sería, a partir de este año, el Día de la Cultura. El escoger esta fecha significó, en el medio artístico, un reconocimiento a quien se considera el Poeta de Costa Rica. Tres intelectuales evalúan hoy diversos aspectos de su vida y obra.

Cumpleaños de Aquileo

Alberto Cañas

Estamos celebrando el cumpleaños de Aquileo. En estos días habría alcanzado 117. No es una de esas cifras cabalísticas, múltiplos de 5 o de 25, que se aprovechan para recordar a la gente y por eso me parece muy importante. Simplemente, la Asociación de Autores ha decidido que el 23 de marzo —día del nacimiento de Aquileo—, va a ser de hoy en adelante Día de la Cultura. No creo, más bien podría decir que descreo, en esos días de una cosa y años de la otra, pero creo en nuestro padre Aquileo J. Echeverría, y me complace que la Asociación de Autores también crea en él, como cree y ha creído en él el pueblo entero de Costa Rica.

Si se observa el asunto detenidamente y con apasionamiento, como debe ser, se concluirá en algo muy trascendental: Aquileo cumple años todos los días. Está presente todos los días.

Cuando Rubén Darío proclamó que Aquileo era el poeta de Costa Rica, quiso decir, a mi mal saber y entender; una cosa. Pero dijo otra. A mí se me antoja que lo que se propuso fue afirmar que, dentro de tantos versificadores como pudimos haber tenido en aquel entonces (cuando Rubén Darío vivió en Costa Rica), el verdadero poeta era Aquileo. O sea que situó a Aquileo como el poeta de Costa Rica, en el espacio. A la larga, la frase se hizo cierta también en el tiempo. Y no es que no hayamos contado con excelentes poetas desde entonces y ahora. Pero el poeta de Costa Rica sigue siendo Aquileo J. Echeverría; y más que el poeta de Costa Rica, el poeta de los costarricenses, que no es lo mismo.

El fenómeno es clarísimo: los costarricenses lo aceptamos de una vez como nuestro poeta. Si bien se mira, la permanencia y eternidad de las Concherías no proviene de lo que se pedante de hoy podría llamar su contenido folclórico, que allí está si ustedes se empeñan y es lo que superficialmente se puede observar en ellas, sino en el contenido de espíritu costarricense, de alma costarricense que tienen adentro.

Cuando uno recorre estos caminos y estas calles y estas casas de Costa Rica, y escucha en la conversación expresiones como “con lacitos en las puntas” y “el gusto es pa yo, Pilar”, o que determinada silla “es medio traicionera”, termina por hacerse una pregunta que es totalmente válida: ¿Es que Aquileo habló como los costarricenses, o es que los costarricenses hablamos como Aquileo? Es difícil encontrar un caso

tan exquisito y preciso de mimetismo de doble vía. A lo mejor, puede concluirse, Aquileo, puso a los costarricenses a hablar como él. Y esto es evidente, cuando leemos las Concherías, nos parece que estamos oyendo hablar a los campesinos. Y eso que los campesinos costarricenses no hablan, que se sepa, en octosílabos asorantes.

El genio del poeta está allí. Quizás del resto de su producción pudiera prescindirse, aunque en lo que a mí concierne salvaría, a como hubiera lugar, el exquisito y juanramoniano poema “Cómo fue” en cuya expresión sencillísima se hallan una serie de concepciones poéticas de gran riqueza que no corresponden a la época en que el poeta vivió.

Pero no cabe insistir sobre este punto, salvo en la posibilidad de que todos volvámos sobre ese poema y encontramos en él a otro Aquileo que no conocíamos.

La vida de Aquileo es una especie de leyenda confeccionada con anécdotas. La tradición le atribuye toda clase de ocurrencias y buenas salidas, que calzan muy bien con el humor que desplegó en sus epigramas.

Pero en esa existencia azarosa del poeta bohemio, hay un período: el que pasó con una pulpería en Lagunilla, que tiene que haber sido el que determinó el rumbo final que tomó su producción poética, o sea la invención de las Concherías. Aquileo pulpero rural era lo que los costarricenses de entonces y de ahora estábamos necesitando. Ese señor de la ciudad, el de Costa Rica, en contacto íntimo y cotidiano con los campesinos.

A veces —cuando enfrentamos el calor urbano y los dicharachos extraídos del cine mexicano y de la televisión doblada— llegamos a la conclusión de que ya no hablamos como dijo Aquileo. Pero lo releemos, y entonces nos percatamos de que sí, de que el milagro de poeta y pueblo sigue vigente. Y cada vez que nos damos cuenta de ello y cada vez que escuchamos en el lenguaje de las comadres una expresión claramente extraída de Aquileo (o incorporada por Aquileo, vaya usted a saberlo) en ese preciso instante estamos celebrando el cumpleaños de Aquileo, y apagando con él las candelitas del “queque”.

Pero eso que acabo de decir es mentira. Las candelitas no las apagamos, no se apagan. Las mantenemos encendidas, cada día, todos los costarricenses. Que somos en buena parte hijos suyos.

Tres momentos en la obra de Aquileo

Jézer González

Aunque hoy el lector de poesía costarricense siente la obra de Aquileo lejana en el horizonte del pasado; no menos seguro es que Aquileo trazó, en la literatura de su época, la trayectoria literaria de los grandes escritores de su tiempo: los modernistas. Si bien su obra no es comparable en calidad estética con la de un Leopoldo Lugones o un Amado Nervo, se puede, no obstante, afirmar que hoy se percibe claramente la naturaleza de su unidad, de su originalidad, y el lugar que ocupa en el desarrollo de la poesía costarricense.

Como escritor cuya obra corre paralela a la de los poetas modernistas, en su producción poética se pueden delimitar tres momentos bien definidos: un primer momento de tanteo y aprendizaje, un segundo momento de hallazgo de un contenido y forma propios y de expresión de su originalidad, y un tercer momento de alejamiento de una poesía, ya casi modelo escolar, hacia una comunicación desgarrada de sentimientos íntimos, despojada ahora de toda literatura. Si bien en Aquileo este último momento es breve, no es menos evidente que se dio y que puede delimitarse con precisión.

En primer lugar surge el Aquileo, poeta de la Lira Costarricense. Se trata de una poesía cuyos rasgos esenciales son los que señaló don Abelardo Bonilla para todo este poemario: el predominio de la preocupación formal; lo que también llamó la actitud académica, esto es, el afán de afirmarse como creadores de una poesía enmarcada en tipos métricos y estrófos técnicamente acabados; según una poética que podría resumirse en la dicotomía de fondo y forma, y en la adecuación del fondo a la forma.

Es el momento en que el poeta desea ser reconocido más como artífice del verso que como quien busca la expresión de un mensaje único e individual mediante la creación de síntesis de expresión y contenido.

Según este concepto de literatura, se orienta Aquileo tan-

to en los poemas de la Lira como en otros romances que se publican luego, en 1903. En la trayectoria de la poesía hispanoamericana, esta primera parte de la obra de Aquileo corresponde a una época inicial semejante en la obra de los modernistas, en especial en la poesía de Rubén Darío. Se trata de romances y otros poemas de ocasión; en algunos casos no sólo postrománticos, sino incluso de matiz neoclásico. Casi nada sobresale aquí, acaso algunos versos, como ocurre en el poema titulado “A mi padre”, en el cual se expresan, mediante imágenes del padre, temas de la poesía de siempre: el tiempo; captado en su transcurrir, y las esperanzas, alegrías y sueños que éste arrastra hacia la muerte: “Tú eras joven, vigoroso; / negros rizos, lo que hoy canas; / las arrugas, terso cutis / tus tristezas, esperanzas. / En las alas de las horas / huyó la bonanza, / como en el viento las notas / vibran, se extinguen y pasan...”

Las Concherías

También, como los poetas que se alejan de la poesía tradicional hacia los temas y las formas nuevos, típicos del modernismo, Aquileo deja tras sí las formas de la Lira y el estilo de sus primeros romances para fijar su atención e intensificar su esfuerzo creador en la captación y la fijación poética de algo particular y original suyo, de aquello que lo ha de distinguir de los demás poetas de su tiempo y de siempre en la literatura costarricense: sus Concherías. Si su amigo, Rubén Darío, logra un salto cualitativo hacia el hallazgo y la creación de una nueva lengua poética y la expresión de contenidos esenciales de la cultura occidental, Aquileo pasa a la historia de una literatura entonces naciente y se constituye en el poeta de su país, como llamó Darío mismo. Aquileo indaga en el lenguaje y el alma del campesino con la clara intención de lograr la comunicación poética de esos contenidos. De ese doble esfuerzo surgen sus Concherías. Ni el esfuerzo es pequeño ni el resultado tan sencillo, como podría parecer una primera y ligera apr-

ciación. Desde el punto de vista literario la hazaña es compleja. Se logra ahora una sólida unidad temática: la vida del campesino, del “concho”, en sus distintas situaciones y actitudes frente a lo cotidiano, la muerte, la rivalidad, la comunicación misma, el comercio, la política, la ley, la curandería, el amor, el matrimonio, los vicios e incluso el crimen, como ocurre en “Pacuala”, una conchería de esencia naturalista, que integra en unos pocos versos la prostitución, el alcoholismo, la tragedia. El otro aspecto unitario lo constituye el romance como forma de la expresión. Así el lector avanza dentro de la homogeneidad formal a través de una variedad de aspectos de un mismo tema, síntesis de forma del contenido y de forma de la expresión que da a las concherías una consistencia literaria de pequeña obra maestra.

Estilización

En este punto se hace necesaria, también, una corrección relativa a la apreciación de la forma de las concherías, en tanto se las ha tomado como lenguaje popular sin más, sin recalcar que se trata de una elaboración poética de tal lenguaje. Lo primero que cabe observar es que las concherías están escritas en romance, o sea, en versos octosílabos con asonancia en los versos pares; pero ni el campesino, ni ningún hablante de español se expresa cotidianamente en verso. Hay, pues, una significativa elaboración artística. En cuanto a la pretendida reproducción fonética en los vocablos que se suponen dichos por los “conchos”, también hay estilización y combinación de unos cuantos rasgos que los hacen creíbles como lenguaje campesino; pero no expresión de aquel lenguaje. No obstante, estos pocos elementos bastan para que el lector de la época, y a veces el actual, reconozcan en ese estilo su propia voz, su lengua vernácula y su particularidad lingüística. Otro aspecto valioso de las Concherías lo constituye la sólida unidad temática de cada poema, y el desarrollo directo del conflicto planteado hasta su desenlace o conclusión; de aquí que alguien los haya

Pasa a la página siguiente



Viene de la pág. anterior

llamado cuentos en verso. Pero este conflicto, a su vez, el lugar de manifestación o de revelación del caos en tanto "concho", el verdadero personaje cívico de las Concherías. De aquí el carácter de espejo de vida campesina que se ha querido dar a las Concherías; peroistas de cerca, constituirían un espejo sui géneris; pues reflejan su mayoría imágenes negativas, seleccionan aspectos poceseables; aunque se pueda argumentar que son reales, con la ignorancia, el odio, el fraude o su intento, la superstición, socarronería, el amor, la prostitución y el crimen. Por esta razón se entiende la reserva con que Brenes Mesén las prologa; obstante, el placer que ha producido su lectura a una y otra generación de costarricenses, la forma sencilla del romance y la tematización de una clase de situaciones que se ha aceptado como constituyente de la vida del campesino, acompañas de cierto humor, han hecho de las concherías el primer ciclo de la poesía costarricense.

Evocación

El tercer momento de su obra lo componen dos poemas escritos lejos de la patria, bajo el influjo de la nostalgia y la enfermedad, son los titulados "Horas crueles" y "Amanecer campesino". El primero es un poema de dolientes remembranzas, en un momento en que el poeta presiente la cercanía de la muerte. La descripción de la noche, de un poema, podría tomarse como símbolo del estado de ánimo del poeta mismo:

"Tenebrosa está la noche, / loco el viento, fiera el agua; / ni una estrella brilla en lo alto / ni en mi pecho una esperanza." El hombre que ha escrito las Concherías y una serie de epigramas agudos y jocosos se dirige a Barcelona, al hospital en donde no encontrará la salud que busca, sino la muerte. Ya no regresará a hablar y reírse con sus "conchos", ni a la contemplación del paisaje de la patria; pero entonces, sólo entonces y como de prisa, unos dos meses antes de su fin, escribe "Amanecer campesino". Ya no se trata de "concherías", es un poema al campesino en el momento en que se levanta, afila sus herramientas y se prepara para la labor de la jornada. Los rasgos de carácter que ahora se ponen de relieve son otros: la honradez, el trabajo que redime, la fe que salva, las costumbres hispánicas, la limpieza de cuerpo y de alma. Es un poema de la iniciación de las labores en el campo y un poema del ámbito del amanecer. Atrás quedan el humor, y la visión socarrona o demasiado objetiva del hombre del campo; ahora es la evocación del campesino, con toda su sencillez, con todo peso espiritual, es el símbolo del trabajo diario de años y años en el ciclo de la vida campesina. Parece que el poeta, moribundo, busca en un momento de supremo afecto por los suyos, mediante el poder de la palabra, ya sin artificios, ya sin literatura, la imagen del campesino que siempre lo acompañó para que lo salve de la soledad, de la nostalgia, y lo reintegre a su paisaje y al seno de los suyos en grata y solidaria compañía en el momento final, en un intento último por captar su esencia y darle expresión, ya sin fonetismos y socarronería, sino bajo el imperativo de cierta urgencia espiritual.

El humor en las Concherías

Virginia S. de Fonseca

A menudo se oye decir que el humorismo se encuentra a lo largo de las Concherías de Aquileo.

En los comienzos de la cultura occidental se creía que la personalidad dependía de los humores corporales que predominasen en el individuo. Más tarde se asoció el término con los estados de ánimo: aún se habla de buen o mal humor. Actualmente se nutre de lo cómico, sí, pero se adoba con algún sentimiento. De esta suerte ya no puede brotar la carcajada pura, sino que se resuelve en sonrisa. Alguien ha definido el humor como la seriedad envuelta en broma, siempre en busca de un sentido. Así, las situaciones humorísticas no corresponden al llanto ni a la risa, sino al afán de comprender.

Tanto lo cómico como el buen humor suponen una minusvalía del objeto contemplado en lo que tenga de apariencia de valor.

De las 19 concherías de Aquileo, 12 se hallan traspasadas de humor; 4 lo contienen sólo parcialmente: **Boda campestre**, **La Ley del embudo**, **Un hermano y Pascuala**; 3 se alejan al máximo de él: **Cuatro filazos**, **Diálogo**, y **La visita de pésame**. Un duelo, un suicidio y la viudez de una anciana son asuntos graves en que el humor no luce.

Cada conchería debe ser mirada como un signo. En consecuencia, sus componentes serán: el **significante** o material con que se elabora el humor; el **significado** o sentido que adquiere en cada caso ese material ya elaborado.

Las concherías aprisionan una anécdota, unos personajes y su narrador, especie de rapsoda popular que en octosílabos cuenta las historias acaecidas a los "conchos", a veces gente de leva, otras tantas pobres peones sin más haber que la fuerza de sus brazos. Estas dos clases apenas se asoman en **La firmita** o en **La ley del embudo**; quizá se presente el leva en el **Cristián de Boda campestre** o en los duelistas de **Cuatro filazos**. Pero cualquier conchería representa el impulso de hallarle sentido a la vida de aquella Costa Rica aldeana, rica en virtudes, aunque no exenta de algunos males.

Concherías humorísticas

Sobresalen especialmente las que carecen de narrador —narrador cero— en que los personajes mismos son los que hablan. Aquileo J. Echeverría fue un maestro del diálogo.

Andaluzadas ticas. Llama la atención el título. El pueblo andaluz se distingue por su mucho "ángel", su mucho salero, que lo vuelve buen decidor. También el sur español fue asiento de gitanos, famosos por su exuberante imaginación, perceptible en su facilidad para mentir, un modo de ficción.

Andaluzadas ticas acusa como significante el humor de situación, constituido por dos hipérbolos: la muerte de las tres ardillas y la de la mica. Como significado surge el humor interesado bajo la forma de chiste. Que dos balazos maten de una vez tres ardillas es increíble; que se cayera el rifle de manos de su dueño y entonces disparara solo toda la munición que llevaba, circunstancia por la cual muere la serpiente, también es increíble.

El personaje cuenta la historia y busca para cada caso un principio de autoridad: para el primero, su calidad de testigo ocular; para el segundo, afirma: "¡Por estas que no es mentira! El lector tendrá que imaginar el cruzamiento de dedos a modo de juramento.

Las hipérbolos se pueden sostener gracias al factor maravilloso que la superstición popular pretende aceptar: "¡pa you que a ese julminante / le han echao su basurilla!"

Modelo epistolar. Su significante es el humor verbal en cuanto parodia del género epistolar, hasta en sus lugares comunes. El significado apunta hacia el humor interesado que ironiza sobre las dificultades que afectan al raso en los cuarteles, desde la servidumbre a sus superiores hasta soportar la plaga de piojos y estar alejado de la novia, expuesta a las acechanzas del donjuanismo pueblerino. Pedro Vindas ha descrito el mundo del hombre. Domitila, en su respuesta, el de

la mujer: la familia, sus haberes, los animales domésticos, los chismes de vecinos y su poquitín de celos.

Los milagros. Esta conchería tiene el humor de situación por significativo. Trata de explicar la verdadera fuente de los milagros. Después se sabrá que no son los santos los autores de aquellos sino las ánimas del Purgatorio. El significado se inscribe en el humor ingenuo. El personaje parece no tener conciencia del humor de sus explicaciones. Presenta un caso general en que atribuye los milagros a las ánimas, y uno particular sobre la curación del buey overo, a cago del alma del primo Pantaleón.

Trato frustrado. Es una de las más hermosas concherías, por la vivacidad, dramatismo y agilidad del diálogo. El significante escoge el humor de acción. La circunstancia de que ña Juana declare que la yegua que tienen en vena es la madre de la mala bestia del comprador, tuerce el rumbo de la acción. Ya no habrá negocio. En cuanto al significado, se trata del humor ingenuo, pues ña Juana no tiene la menor idea del daño que acaba de causar.

Incide también una muestra de lo cómico verbal que caricaturiza la lengua inglesa y cómo la percibe el criollo: **guate**, **agua**; **guime**, **deme**; **jor**, **caballo**; **jos**, **casa**; **blac**, **negro**; **estope**, **esperate**, etcétera. La construcción del ferrocarril al Atlántico había traído el inglés a esas latitudes.

Instantáneas. Tiene por significante el humor de acción. Al no acceder por José María a venir de la cantina con su hijo Rosario, la acción se expone a nuevos riesgos. El significado, constituido por el humor interesado, permite la pintura grotesca de los efectos nocivos del mal guaro. El encuentro con "Calistro" precipita el destino definitivo de la acción que culminará en un gran pleito en el cual intervendrá la policía.

Con pocas palabras queda definido Calixto como muy alegre y bromista. Sus eufemismos revelan ingenio. Al contarle su amigo que tiene la mujer impedida de la cintura para abajo a causa del reumatismo, comenta: "¡Hombé, lo más principal!" Refiriéndose a que ñor José María no le pagó una deuda de cuatro pesos, aclara: "Robao no, no digüeso; / que te se jueron por alto." Pero nublado el entendimiento, José María insulta y golpea a Calixto, hasta que se frustra la amistad.

El curandero. Otra excelente conchería cuyo montaje descansa en el equívoco de los diagnósticos sobre la enfermedad. Encuentra su significante en el humor de situación: Espiridión cree padecer de "viento colao", mientras el docto curandero sentencia: "¡Vos lo que tenés es pasmo!". En cuanto significado responde al humor ingenuo. Resulta jocosa la descripción de las enfermedades y el recetario de la medicina criolla. En varias concherías aparece tan singular farmacopea, pero pocas fórmulas tan llamativas como las de este romance: "¡Vea: restriegue unas daguillas / y unas hojas de culantro, / y un poco de juanilama, / y cuatro cabezas de ajo; / le mezcla flor de ceniza / y unas venas de tabaco; / lo pone todo a cocer, / ojalá en traste de barro..."

Mercado leña. Aparece en todas las antologías. El humor de acción como significante corresponde al humor interesado como significado, pues se convierte en un modelo de ironía tanto en el regateo por el precio de la leña como en el abuso de la compradora contra el vendedor.

La firmita. Ofrece como significante el humor de situación. Una vez se podrán aprovechar de la ingenuidad política del protagonista, pero no dos. El significado corresponde al humor cínico para satirizar fuertemente la demagogia y demás vicios políticos. Para subrayar su punto de vista, el personaje acude a diversos tipos de reiteración y concluye afirmando que gobiernen los letrados y lo campesinos trabajen la tierra. Denuncia cómo se frustran la libertad y los derechos humanos.

La vela de un angelito, Serenata, Al mercado y La visita del compadre son concherías entregadas por mediación del narrador. En las tres primeras éste mantiene un punto de vista

externo y se expresa en tercera persona; **La visita del compadre** es contada por un narrador—personaje, en primera persona.

La vela de un angelito. Su significante es el humor de acción constituido por los contrastes duelo—fiesta, dolientes—visitas, muerte—vida. El significado, humor ingenuo, caricaturiza toda la atmósfera: allí se asoman Goyo el músico, la sala y el baile, el llantar de los asistentes, los efectos del guaro junto al arrinconamiento del "ángel".

Incluye también un ingenioso caso de cómico verbal: "en la boca el "cabo" hediondo / que ha llevado tras la oreja, / "cabo" que ha de ser al cabo / soberanísima "cuecha".

Se distingue bien alguna diferencia entre el lenguaje de los personajes y el del narrador.

La serenata no es de las composiciones más difundidas. Caricaturiza el estado militar.

Al mercado habría que relacionarla con **Cuatro filazos** y con **La ley del embudo**. Son las tres composiciones que parecen más artificiosas, especialmente las dos últimas, pues el narrador se aleja del espíritu del "concho" desde el punto de vista lingüístico.

La bella Carmela, la del Naranjo, protagoniza el romance cuyo significante es el humor de acción: las relaciones entre los vendedores y la posible cliente engendran el suceder. En cuanto al significado predomina el humor ingenuo, aunque hay un buen ejemplo de sarcasmo, **tributario de un momento de humor cínico**. Cuando al piropo de Gabino la joven contesta: "achará, no lo pierda (el babiambre) / y engorde un chancho", todos los demás compañeros prolongan la enojosa situación y le piden el cachete, la manteca, las pezuñas, el rabo, hasta que el aludido se enoja.

La visita del compadre es quizá la menos humorística de este grupo. Deja ver cómo se resiente la relación amistosa por el abuso de ella. Ofrece oportunidades graciosas: la recepción de la carta del compadre, la discusión con la cocinera y la disputa entre Sotera y el marido sobre lo ocurrido el día de su boda. El mismo efecto producen algunos eufemismos, como aquel sobre los abonos al cafetal.

Mientras se trata de una risa despersonalizada o de la inferiorización de un objeto, campea lo cómico; pero si a ello se une algún sentimiento, como ocurre en las concherías, se torna en humor: sea un sentimiento de credulidad frustrada, de ruptura de la amistad, de desilusión política, de nostalgia por los tiempos idos, de ilusiones o intereses estropeados, un fondo que en alguna medida excita la compasión.

El humor de Aquileo no llega a lo trágico, ni a lo hiriente, ni tiene afán correctivo, a pesar de la gravedad de las situaciones expresadas por el humor interesado o cínico.

Testimonio espiritual de una época prefiere que los personajes se muestren a sí mismos (narrador cero), casos en que produce las concherías más ricas en humor; pero si hablan los narradores, guardan una decorosa distancia, un punto de vista exterior, para no interferir en la espontaneidad de las criaturas aquileanas. El poeta sólo ha tenido una vía de conocimiento: desde fuera al corazón del hombre; desde el corazón del hombre, al del terruño.

Cabe recordar lo que pensaba Goethe del humorismo: "El humor es uno de los elementos del genio, pero tan pronto como adquiere predominio se convierte en sucedáneo de la genialidad; acompañará al arte declinante y acabará por aniquilarlo."

Aquileo J. Echeverría supo siempre hasta dónde extender su ludus verbal. Lo constituyó en cauce liberador. Porque lo humorístico es además una actitud ante la vida, una respuesta a las incitaciones de aquella; un saber, un comprender la condición humana que va desde la graciosa ironía preñada de tolerancia y simpatía, hasta el sarcasmo irreverente y escarecedor.

Nuestro poeta prefirió la primera modalidad. Por eso describe lo que somos o hemos dejado de ser iluminado por la sonrisa del humor que roza sin destruir.